

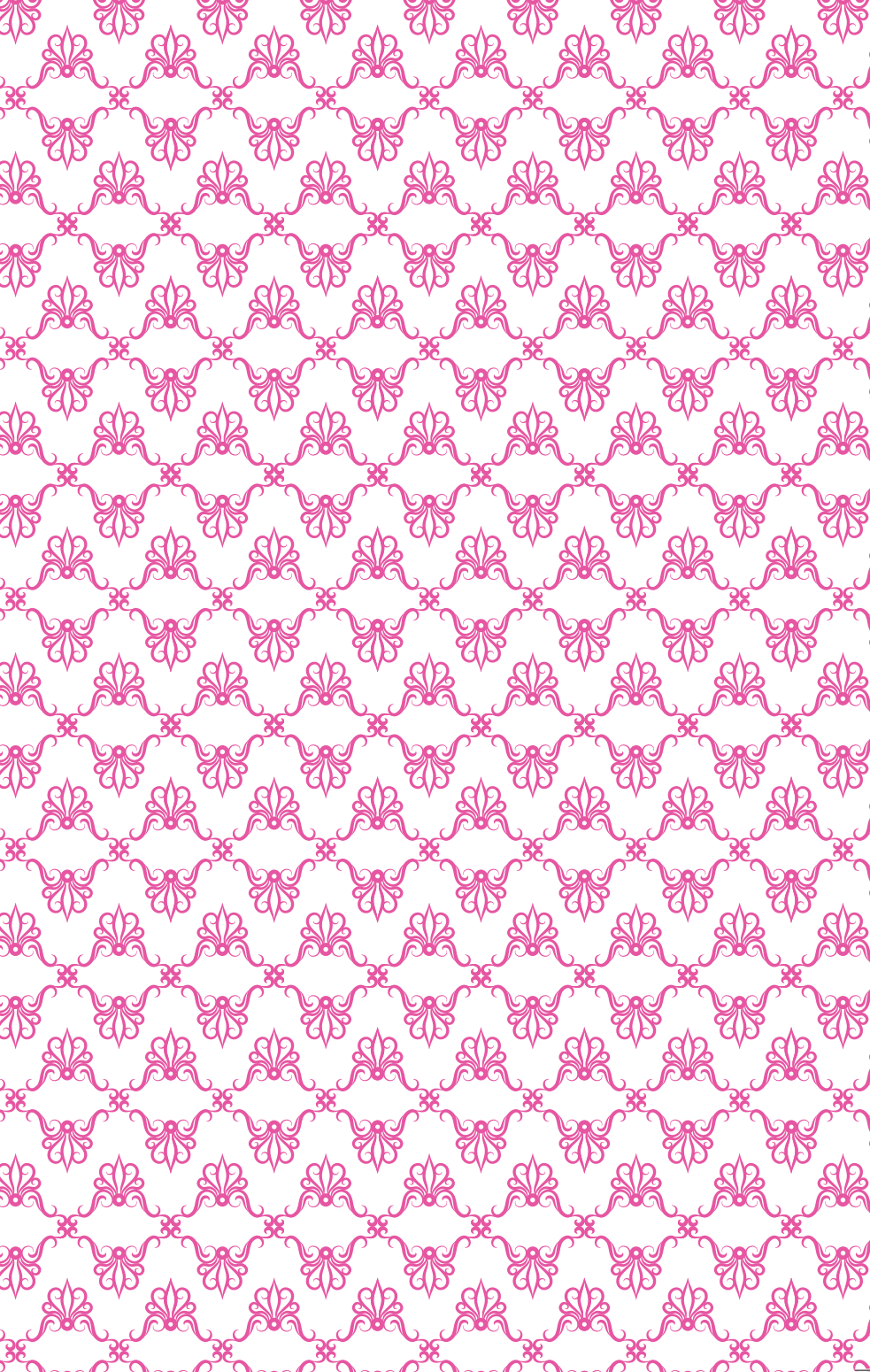
COLECCIÓN
♦ DE POESÍA ♦
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Francisco de Quevedo

Poesía selecta



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



rancisco de Quevedo

Poesía selecta

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



Francisco de Quevedo

Poesía selecta



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2015

Director de la colección
Hugo Gutierrez Vega

Autor
Francisco de Quevedo

D.R. © 2015, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Noviembre de 2015

ISBN 978-607-742-347-8



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Estimado universitario:

Los resultados poco satisfactorios que se han obtenido en las pruebas PISA y ENLACE ponen de manifiesto que los estudiantes de nivel medio y superior en todo el país tienen dificultades con la comprensión lectora. La Universidad de Guadalajara, no ajena a esta realidad, decidió crear desde 2010 el Programa Universitario de Fomento a la Lectura “Letras para volar”.

Este programa promueve el gusto por la lectura a la par que se propone el desarrollo de la competencia lectora en estudiantes de diversos niveles educativos. Esta labor se realiza desde la función sustantiva de extensión en la que prestadores de servicio social de nuestra casa de estudios acuden semanalmente a escuelas primarias y secundarias para fomentar el gusto por la lectura, gracias a lo cual un total de 123,598 niños y jóvenes se han visto beneficiados con el programa desde su creación.

Desde las funciones de investigación y docencia, la Universidad de Guadalajara trabaja en favor de los jóvenes de nivel medio y superior para consolidar la competencia lectora y poner al alcance de los estudiantes la lectura, por tanto, hemos invitado a tres universitarios distinguidos a integrarse a este proyecto y seleccionar títulos para las tres colecciones que llevan su nombre:

- Colección Caminante Fernando del Paso
- Colección Hugo Gutiérrez Vega
- Colección Fernando Carlos Vevia Romero

Desarrollar la competencia lectora está no sólo en la base de la educación, sino en el apoyo mismo de lo que somos como sociedad. Leer en la universidad no se debe limitar a los textos escolares; por ello, ponemos a disposición de nuestros jóvenes tirajes masivos para que desarrollen el entusiasmo por la lectura y la incorporen a su vida cotidiana.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

9	Presentación
17	Poemas metafísicos
20	Heráclito cristiano
24	Poemas morales
38	Poemas religiosos
44	Poemas líricos a diversos asuntos
46	Elogios, epitafios, túmulos
51	Poemas amorosos
55	Poemas satíricos y burlescos
64	Sátiras personales

Presentación

*A la memoria de Hugo
A la presencia de Lucinda*

Este prólogo pudo ser mejor. Lo hubiera sido, sin duda, de haberlo escrito Hugo Gutiérrez Vega (1934-2015). Su reciente y muy sentida muerte lo impidió, y esto lo lamentaremos siempre los lectores. Lo que sí hizo es esta selección quevediana, esta breve y perfecta antología en cuyas páginas están algunos de los mejores poemas del rey de los poetas españoles, Francisco de Quevedo Villegas (Madrid, 1580-Villanueva de los Infantes, 1645), autor de muchos de los poemas amorosos, satíricos, morales, religiosos y metafísicos más inolvidables de la poesía clásica española.

Sonetos, décimas, romances, letrillas y canciones componen, especialmente, la obra lírica de Quevedo que es vasta, amplísima, pero sin página desperdiciada. “Saboreaba cada palabra del idioma español”, dijo Borges, como el más grande elogio del todo merecido. Además de la poesía, Quevedo incursionó en el teatro (*Cómo ha de ser el privado*), la prosa narrativa picaresca y satírica (*Vida del buscón llamado Don Pablos*, *Sueños*) y la reflexión moral, histórica y filosófica (*Vida de Marco Bruto*), así como en otros géneros de

varia invención (entre ellos los juguetes literarios y las travesuras ingeniosas). En todos ellos se manifestó su genio, pero basta un solo soneto, cualquiera de los más extraordinarios que escribió, para saber que su lugar es la inexplicable eternidad.

La vida de un poeta está en sus poemas, es decir, en sus obras. Todo lo demás es accesorio. Los viajes que Quevedo hizo están justamente reflejados en su poesía. Así los viajes de Hugo Gutiérrez Vega. No es por nada que en una entrevista de 1999 dijera: “Creo que mi mejor amigo literario es Quevedo y pienso que sigue siendo un maestro para todos”.

Si alguien supo nombrar y cantar lo efímero de la vida y la perdurabilidad del amor, ése fue Quevedo, y en esta breve antología están algunos de los poemas que, por estas virtudes, fascinaron siempre a Hugo Gutiérrez Vega del mismo modo que han fascinado y siguen fascinando a millones de lectores desde hace cuatro siglos. En sus poemas metafísicos, Quevedo nos “enseña a morir antes y que la mayor parte de la muerte es la vida, y ésta no se siente, y la menor que es el último suspiro, es la que da pena”. Ese “¡Ah de la vida!”... y esa seguridad de que “la muerte viva es”, con las que vivió y murió Quevedo, han ayudado más que cualquier manual a prepararse para la muerte y a aceptar que vamos muriendo desde que nacemos.

Y, sin embargo, no todo es potestad de la muerte, pues el amor lo salva todo, y así, si bien supimos amar,

alma, venas y médulas “polvo serán, mas polvo enamorado”. Tal lo dice en uno de los más bellos sonetos del parnaso español (“Amor constante más allá de la muerte”), aquí incluido, entre otros poemas imposibles ya de perfección, porque justamente son perfectos.

Entre la vida y la obra quevedianas y la vida y la obra de Gutiérrez Vega hay un paralelismo innegable. En noviembre de 2014, cumplidos ya los 80 años de edad (en febrero de ese mismo año), al participar en el Encuentro Internacional de Poesía de la Ciudad de México, Hugo Gutiérrez Vega invocó la memoria de Quevedo y expresó: “Decía mi hermano mayor y maestro Rafael Alberti que, cuando pasamos de los 80 años, conviene terminar una lectura de poesía recordando a Quevedo”. Y acto seguido dijo de memoria, con esa voz natural y trabajada del hombre de teatro, en el atril y en el teatro de la vida, el poema quevediano que ya, para entonces, era su divisa:

“¡Ah de la vida!”... ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La Fortuna mis tiempos ha mordido;
las Horas mi locura las esconde.

¡Que sin poder saber cómo ni adónde
la salud y la edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.

Ayer se fue; mañana no ha llegado;
hoy se está yendo sin parar un punto:
soy un fue, y un será, y un es cansado.

En el hoy y mañana y ayer, junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

Dicho el poema, Hugo terminó su participación con los famosos versos postreros de “Amor constante más allá de la muerte”, que le devuelven el sentido a la vida, gracias al amor:

serán ceniza mas tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Los clásicos españoles (Manrique, Garcilaso, San Juan de la Cruz, Lope, Quevedo) dejaron una intensa estela de fuego y luz que no ha podido borrarse con los siglos, sino que se acentúa gracias a la revitalización de los lectores y los poetas que los aman y no permiten que su fuego se extinga. “Siempre hay que tener con uno a los clásicos españoles”, afirmaba Hugo Gutiérrez Vega, y él siempre los tenía presentes en su conversación con los difuntos. Y está también en su poesía. En su “Carta al poeta José Carlos Becerra muerto en la carretera de Brindisi”, escribe el siguiente epígrafe revelador: “Al escribirla pienso en la muerte de amor que danza en el sueño de Quevedo”.

Al cumplir sus 80 años, Hugo volvió a invocar a Quevedo, al hacer un recuento de sus propios libros. Dijo, por ejemplo: *Cantos del Despotado de Morea*, que tiene poemas para los muertos, debería llevar como epígrafe los primeros versos de un soneto de Quevedo que escribió cuando se fue a la Torre Manchega y se retiró:

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.

Añadió: “No encuentro mejor definición de lectura. Leer es escuchar con los ojos a los muertos”. Este soneto, “Desde la Torre”, es otro de los prodigios quevedianos que siempre nos acompañarán a los lectores.

Fiel a sus clásicos españoles, en otra entrevista, le dijo al periodista Ricardo Solís: “Tarde o temprano se retorna a los clásicos. Decía Vicente Aleixandre: ‘Aunque de repente uno se olvide de su Quevedo o de su San Juan o Garcilaso de la Vega, tarde o temprano nos exigen, sin darnos cuenta, de una manera misteriosísima, que volvamos a ellos’. En mi caso, mi generación estaba muy ligada a los clásicos (aunque no escribiéramos ya como ellos, por supuesto). Yo sigo pensando que el alfa y omega de la poesía en lengua española sigue siendo San Juan de la Cruz, y pienso que el maestro de la forma y el fondo, de la sustancia, de la intensidad y la capacidad de condensación que tiene la poesía, sigue siendo Quevedo; y después de él, tal vez Miguel Hernández o Rafael Alberti, que estaban siempre cerca de los clásicos. Tarde o temprano se regresa a los clásicos, y nos entregan su mensaje”.

Este breve Quevedo, esta breve muestra antológica de lo mejor de la poesía de uno de los mayores líricos de todos los tiempos (y no sólo en lengua castellana), entrega a los lectores el genio y el ingenio de Francisco de Quevedo Villegas, pero también, en espíritu, al lector quevediano que fue Hugo Gutiérrez Vega, y que hizo esta selección sobre todo para que los lectores jóvenes descubran la maravilla del idioma y la grandiosidad de la poesía.

En la vida, en la muerte, en el amor y el humor conjugan ambos su existencia. Estos cuatro puntos cardinales marcan el rumbo potente de la vida. A Quevedo no le faltan ni el humor ni la verdad cuando, ironizando sobre el que dijo “lascivos son mis escritos, pero mi vida buena”, le responde, con lo mejor de su carácter burlesco y su modesta sinceridad: “Yo, al revés; malo y lascivo, escribo cosas honestas”. Hugo Gutiérrez Vega lo hubiera firmado.

En el retiro de la corte, en la paz de los desiertos, Gutiérrez Vega le da la mano a Quevedo. Éste dice:

Yo me salí de la Corte,
a vivir en paz conmigo...
Que para mí, que deseo
vivir en el Adanismo
en cueros con otra Eva,
de plata son estas breñas.

Un eco de este humor y de este feliz gracejo se escucha en la poesía cotidiana de Gutiérrez Vega, que había leído muy bien, profundamente y venturosamente, a su Quevedo, a este Quevedo que fue suyo y siempre es nuestro, a este esplendor de la palabra y de la emoción, que siempre estará vivo, pues sus poemas, para decirlo con palabras de nuestro querido e inolvidable Hugo, “cantan aquí y ahora”.

Juan Domingo Argüelles
12 de octubre de 2015.

Poemas metafísicos

Representase la brevedad de lo que se vive
y cuán nada parece lo que se vivió

“¡Ah de la vida!”... ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La Fortuna mis tiempos ha mordido;
las Horas mi locura las esconde.

¡Que sin poder saber cómo ni adónde
la salud y la edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.

Ayer se fue; mañana no ha llegado;
hoy se está yendo sin parar un punto:
soy un fue, y un será, y un es cansado.

En el hoy y mañana y ayer, junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

Signifícase la propia brevedad de la vida, sin pensar, y con padecer, salteada de la muerte

¡Fue sueño ayer; mañana será tierra!
¡Poco antes, nada; y poco después, humo!
¡Y destino ambiciones, y presumo
apenas punto al cerco que me cierra!

Breve combate de importuna guerra,
en mi defensa, soy peligro sumo;
y mientras con mis armas me consumo,
menos me hospeda el cuerpo, que me entierra.

Ya no es ayer; mañana no ha llegado;
hoy pasa, y es, y fue, con movimiento
que a la muerte me lleva despeñado.

Azadas son la hora y el momento
que, a jornal de mi pena y mi cuidado,
cavan en mi vivir mi monumento.

**Descuido del divertido vivir a quien
la muerte llega impensada**

Vivir es caminar breve jornada,
y muerte viva es, Lico, nuestra vida,
ayer al frágil cuerpo amanecida,
cada instante en el cuerpo sepultada.

Nada que, siendo, es poco, y será nada
en poco tiempo, que ambiciosa olvida;
pues, de la vanidad mal persuadida,
anhela duración, tierra animada.

Llevada de engañoso pensamiento
y de esperanza burladora y ciega,
tropezará en el mismo monumento.

Como el que, divertido, el mar navega,
y, sin moverse, vuela con el viento,
y antes que piense en acercarse, llega.

Heráclito cristiano

Salmo I

Un nuevo corazón, un hombre nuevo
ha menester, Señor, la ánima mía;
desnúdame de mí, que ser podría
que a tu piedad pagase lo que debo.

Dudosos pies por ciega noche llevo,
que ya he llegado a aborrecer el día,
y temo que hallaré la muerte fría
envuelta en (bien que dulce) mortal cebo.

Tu hacienda soy, tu imagen, Padre, he sido,
y, si no es tu interés en mí, no creo
que otra cosa defiende mi partido.

Haz lo que pide el verme cual me veo,
no lo que pido yo: pues de perdido,
recato mi salud de mi deseo.

Salmo II

¡Cuán fuera voy, Señor, de tu rebaño,
llevado del antojo y gusto mío!
¡Llévame mi esperanza viento frío,
y a mí con ella disfrazado engaño!

Un año se me va tras otro año,
y yo más duro y pertinaz porfío,
por mostrarme más verde mi albedrío,
la torcida raíz do está mi daño.

Llámasme, gran Señor; nunca respondo.
Sin duda mi respuesta sólo aguardas,
pues tanto mi remedio solicitas.

Mas, ¡ay!, que sólo temo en mar tan hondo,
que lo que en castigarme agora aguardas,
con doblar los castigos lo desquitas.

Salmo VII

¿Dónde pondré, Señor, mis tristes ojos
que no vea tu poder divino y santo?
Si al cielo los levanto,
del sol en los ardientes rayos rojos
te miro hacer asiento;

si al manto de la noche soñoliento,
leyes te veo poner a las estrellas;
si los bajo a las tiernas plantas bellas,

te veo pintar las flores;
si los vuelvo a mirar, los pecadores
que tan sin rienda viven como vivo,

con amor excesivo,
allí hallo tus brazos ocupados
más en sufrir que en castigar pecados.

Salmo XIX

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡Oh, cómo te deslizas, vida mía!
¡Qué mudos pasos traes, oh muerte fría,
pues con callado pie todo lo igualas!

Ya cuelgan de mi muro tus escalas,
y es tu puerta mayor mi cobardía;
por vida nueva tengo cada día,
que el tiempo cano nace entre las alas.

¡Oh mortal condición! ¡Oh dura suerte!
¡Que no puedo querer ver la mañana
sin temor de si quiero ver mi muerte!

Cualquier instante de la vida humana
es un nuevo argumento que me advierte
cuán frágil es, cuán mísera, y cuán vana.

Salmo XX

Desconoció su paz el mar de España,
tanto, que fue su orilla sólo el cielo:
la ley de arena que defiende el suelo
receló inobediencia de tal saña.

Con temeroso grito la montaña
hirió; llevóse el día negro velo;
mezcló en las venas con la sangre yelo,
erizado temor que le acompaña.

¡Qué me enseñó de votos la tormenta!
Y ¡qué de santos mi memoria debe
al naufragio y al mar! ¡Qué de oraciones!

Nunca tierra alcanzará; antes, violenta,
mi nave errara, pues el puerto, breve,
me trujo olvido a tantas devociones.

Poemas morales

**Enseña cómo no es rico
el que tiene mucho caudal**

Quitar codicia, no añadir dinero,
hace ricos los hombres, Casimiro:
puedes arder en púrpura de Tiro
y no alcanzar descanso verdadero.

Señor te llamas; yo te considero,
cuando el hombre interior que vives miro,
esclavo de las ansias y el suspiro,
y de tus propias culpas prisionero.

Al asiento de l'alma suba el oro;
no al sepulcro del oro l'alma baje,
ni le compita a Dios su precio el lodo.

Descifra las mentiras del tesoro;
pues falta (y es del cielo este lenguaje)
al pobre, mucho; y al avaro, todo.

Séneca vuelve a Nerón la riqueza que le había dado

Esta miseria, gran señor, honrosa,
de la humana ambición alma dorada;
esta pobreza ilustre acreditada,
fatiga dulce y inquietud preciosa;

este metal de la color medrosa,
y de la fuerza contra todo osada
te vuelvo: que alta dádiva invidiada
enferma la fortuna más dichosa.

Recíbelo, Nerón; que en docta historia,
más será recibirlo que fue darlo,
y más seguridad en mí el volverlo:

pues juzgarán, y te será más gloria,
que diste oro a quien supo despreciarlo,
para mostrar que supo merecerlo.

Respuesta de Nerón a Séneca, no admitiéndole lo que le volvía

Séneca, el responder hoy de repente
a tu razonamiento prevenido,
gloria es de tu enseñanza, que ha podido
formar mi lengua contra ti elocuente.

A lo que yo te debo aun no es decente
eso que de mi mano has recibido;
y, para lo que a mí me debo, ha sido
empezar a premiarte escasamente.

Quieres, a costa de la fama mía,
que alaben tu modestia y tu templanza,
y que acusen mi avara hidropesía.

El premio, pues, debido a mi enseñanza
goza, porque el volvérmelo este día,
y no admitirle yo, nos sea alabanza.

**Persuade a la Justicia que arroje el peso,
pues usa sólo de la espada**

Arroja las balanzas, sacra Astrea,
pues que tienen tu mano embarazada;
y si se mueven, tiemblan de tu espada,
que el peso y la igualdad no las menea.

No estás justificada, sino fea;
y, en vez de estar igual, estás armada;
feroz te ve la gente, no ajustada;
¿quieres que el tribunal batalla sea?

Ya militan las leyes y el derecho,
y te sirven de textos las heridas
que escribe nuestra sangre en nuestro pecho.

La Parca eres, fatal, para las vidas:
pues lo que hilaron otras has deshecho
y has vuelto las balanzas homicidas.

A la violenta y injusta prosperidad

Ya llena de sí solo la litera
Matón, que apenas anteyer hacía
(flaco y magro malsín) sombra, y cabía,
sobrando sitio, en una ratonera.

Hoy, mal introducida con la esfera
su casa, al sol los pasos le desvía,
y es tropezón de estrellas; y algún día,
si fuera más capaz, pocilga fuera.

Cuando a todos pidió, le conocimos;
no nos conoce cuando a todos toma;
y hoy dejamos de ser lo que ayer dimos.

Sóbrale tanto cuanto falta a Roma;
y no nos puede ver, porque le vimos:
lo que fue esconde; lo que usurpa asoma.

Peligro del que sube muy alto y más si es por la caída de otro

Para, si subes; si has llegado, baja;
que ascender a rodar es desatino;
mas si subiste, logra tu camino,
pues quien desciende de la cumbre, ataja.

Detener de Fortuna la rodaja,
a pocos concedió poder divino;
y si la cumbre desvanece el tino,
también, tal vez, la cumbre se desgaja.

El que puede caer, si él se derriba,
ya que no se conserva, se previene
contra el semblante de la suerte esquiva.

Y pues nadie que llega se detiene,
tema más quien se mira más arriba;
y el que subió, por quien rodando viene.

A un amigo que retirado de la corte pasó su edad

Dichoso tú, que alegre en tu cabaña,
mozo y viejo espiraste la aura pura,
y te sirven de cuna y sepultura,
de paja el techo, el suelo de espadaña.

En esa soledad, que, libre, baña
callado sol con lumbre más segura,
la vida al día más espacio dura,
y la hora, sin voz, te desengaña.

No cuentas por los cónsules los años;
hacen tu calendario tus cosechas;
pisas todo tu mundo sin engaños.

De todo lo que ignoras te aprovechas;
ni anhelas premios, ni padeces daños,
y te dilatas cuanto más te estrechas.

A la mar

La voluntad de Dios por grillos tienes,
y escrita en la arena, ley te humilla;
y por besarla llegas a la orilla,
mar obediente, a fuerza de vaivenes.

En tu soberbia misma te detienes,
que humilde eres bastante a resistilla;
a ti misma tu cárcel maravilla,
rica, por nuestro mal, de nuestros bienes.

¿Quién dio al pino y la haya atrevimiento
de ocupar a los peces su morada,
y al lino de estorbar el paso al viento?

Sin duda el verte presa, encarcelada,
la codicia del oro macilento,
ira de Dios al hombre encaminada.

Al oro, considerándole en su origen y después en su estimación

Este metal que resplandece ardiente
y tanta envidia en poco bulto encierra,
entre las llamas renunció la tierra:
ya no conoce al risco por pariente.

Fundido, ostenta brazo omnipotente,
horror que a la ciudad prestó la sierra,
descolorida paz, preciosa guerra,
veneno de la aurora y del poniente.

Éste, en dineros ásperos cortado,
orbe pequeño, al hombre le compite
los blasones de ser mundo abreviado.

Pálida ley que todo lo permite,
caudal perdido cuanto más guardado;
sed que no en la abundancia se remite.

A un juez mercadería

Las leyes con que juzgas, ¡oh Batino!,
menos bien las estudias que las vendes;
lo que te compren solamente entiendes;
más que Jasón te agrada el Vellochino.

El humano derecho y el divino,
cuando los interpretas, los ofendes,
y al compás que la encoges o la extiendes,
tu mano para el fallo se previno.

No sabes escuchar ruegos baratos,
y sólo quien te da te quita dudas;
no te gobiernan textos, sino tratos.

Pues que de intento y de interés no mudas,
o lávate las manos con Pilatos,
o, con la bolsa, ahórcate con Judas.

Al repentino y falso rumor de fuego que se movió en la Plaza de Madrid en una fiesta de toros

Verdugo fue el temor, en cuyas manos
depositó la muerte los despojos
de tanta infausta vida. Llorad, ojos,
si ya no lo dejáis por inhumanos.

¿Quién duda ser avisos soberanos,
aunque el vulgo los tenga por antojos,
con que el cielo el rigor de sus enojos
severo ostenta entre temores vanos?

Ninguno puede huir su fatal suerte;
nada pudo estorbar estos espantos;
ser de nada el rumor, ello se advierte.

Y esa nada ha causado muchos llantos,
y nada fue instrumento de la muerte,
y nada vino a ser muerte de tantos.

La soberbia

Esta que veis delante,
fulminada de Dios y fulminante,
que en precipicios crece y se adelanta,
y para derribarse se levanta;
esta que, con desprecio, el mundo mira,
blasón de la ignorancia y la mentira,
es la soberbia, que, en eternas vidas,
inventó en la privanza las caídas.
Las plumas de sus galas
más sirven de traspies que no de alas.
Con la presencia esclarecida engaña,
pues su lumbré enemiga

es de fuego, que ardiente la castiga;
no de luz, que gloriosa la acompaña.
Es un cielo metido
a las inadvertencias del sentido;
y aunque de estrellas coronada viene,
las que ella derribó son las que tiene.
Ésta, en el reino de la paz eterno,
con máquinas de viento, con escalas,
fue el primer tropezón de plumas y alas,
primera fundadora del Infierno.
En ella resbalaron
los que por más dolor mejor volaron,
y a fuerza de traiciones,
de los rayos del sol hizo carbones.
Es tan aleve y dura esta señora
con los más confiados,
que quien, por dominar grandes estados,
una vez la creyó, siempre la llora.
Cuantos subió a la cumbre,
ciegos y no guiados de su lumbre,
cayendo conocieron
que a padecer y no a gozar subieron.
Suben favorecidos y engañados,
y vuelven a bajar ajusticiados.
Delante sube amiga mal segura
con cautelosas plantas,
y en llegando sus brazos la altura,
son lazo y son cuchillo a las gargantas.

Y con tanta desdicha y tanta afrenta,
donde se disfamó tanto tirano,
no sin mengua y dolor del seso humano,
escandaliza, pero no escarmienta.
Está en los presumidos chapiteles,
menos ricos que vanos, con doseles;
y en los montes osados,
de pinos y altas hayas coronados,
sale, por ostentar su desatino,
a recibir los rayos del camino.
Tan alta piensa que es, tan ancha y grave,
que ella se alaba de que en Dios no cabe.

Vosotros, ambiciosos pretensores,
vulgo de la ignorancia y del engaño,
sedientos de la muerte todo el año,
polvo, ruido y afán de los señores,
¿con qué esperanza ciega y porfiada
no dais crédito a tantos escarmientos?
¿Por qué no recatáis los pensamientos
de la fiera hasta los ángeles cebada?

Disponed medios a mejores fines,
dad crédito a tan altos testimonios,
que quien hizo de arcángeles demonios,
mal hará de demonios serafines.

El reloj de arena

¿Qué tienes que contar, reloj molesto,
en un soplo de vida desdichada
que se pasa tan presto;
en un camino que es una jornada,
breve y estrecha, de este al otro polo,
siendo jornada que es un paso solo?
Que, si son mis trabajos y mis penas,
no alcanzarás allá, si capaz vaso
fueses de las arenas
en donde el ancho mar detiene el paso.
Deja pasar las horas sin sentirlas,
que no quiero medirlas,
ni que me notifiques de esa suerte
los términos forzosos de la muerte,
No me hagas más guerra;
déjame, y nombre de piadoso cobra,
que hartó tiempo me sobra
para dormir debajo de la tierra.
Pero si acaso por oficio tienes
el contarme la vida,
presto descansarás, que los cuidados
mal acondicionados,
que alimenta lloroso
el corazón cuitado y lastimoso,
y la llama atrevida
que Amor, ¡triste de mí!, arde en mis venas

(menos de sangre que de fuego llenas),
no sólo me apresura
la muerte, pero abréviame el camino;
pues, con pie doloroso,
mísero peregrino,
doy cercos a la negra sepultura.
Bien sé que soy aliento fugitivo;
ya sé, ya temo, ya también espero
que he de ser polvo, como tú, si muero,
y que soy vidro, como tú, si vivo.

Juicio moral de los cometas

Ningún cometa es culpado,
ni hay signo de mala ley,
pues para morir penado,
la envidia basta al privado
y el cuidado sobra al rey.

De las cosas inferiores
siempre poco caso hicieron
los celestes resplandores;
y mueren porque nacieron
todos los emperadores.

Sin prodigios ni planetas
he visto muchos desastres,

y, sin estrellas, profetas:
mueren reyes sin cometas,
y mueren con ellas sastres.

De tierra se creen extraños
los príncipes deste suelo,
sin mirar que los más años
aborta también el cielo
cometas por los picaños.

El cometa que más brava
muestra crinada cabeza,
rey, para tu vida esclava,
es la desorden que empieza
el mal que el médico acaba.

Poemas religiosos

Refiere cuán diferentes fueron las acciones de Cristo Nuestro Señor y Adán

Adán en Paraíso, Vos en huerto;
él puesto en honra, Vos en agonía;
él duerme, y vela mal su compañía;
la vuestra duerme, Vos oráis despierto.

Él cometió el primero desconcierto,
Vos concertaste nuestro primer día;
cáliz bebéis, que vuestro Padre envía;
él como inobediencia, y vive muerto.

El sudor de su rostro le sustenta;
el del vuestro mantiene nuestra gloria:
suya la culpa fue, vuestra la afrenta.

Él dejó horror, y Vos dejáis memoria;
aquél fue engaño ciego, y ésta venta.
¡Cuán diferente nos dejáis la historia!

En la muerte de Cristo contra la dureza de corazón del hombre

Pues hoy derrama noche el sentimiento
por todo el cerco de la lumbre pura,
y amortecido el sol en sombra oscura
da lágrimas al fuego y voz al viento;

pues de la muerte el negro encerramiento
descubre con temblor la sepultura,
y el monte, que embaraza la llanura
del mar cercano, se divide atento,

de piedra es, hombre duro, de diamante
tu corazón, pues muerte tan severa
no anega con tus ojos tu semblante.

Mas no es de piedra, no; que si lo fuera,
de lástima de ver a Dios amante,
entre las otras piedras se rompiera.

Las piedras a Dios con el lugar cuando, Moisés, quebró las piedras en que estaba escrita la Ley

Cuando escribiste en el sagrado cerro,
con tu dedo, la ley en la dureza
que nos comunicó Naturaleza,
y enternece piedad de tu destierro,

bajó Moisés, y, viendo en el becerro
la adoración debida a su grandeza,
celoso nos rompió y, en su fiereza,
con los castigos advirtió su yerro.

Dividiónos en piezas enojado;
mas como desde entonces ley tenemos,
contigo nos preciamos de tenella.

Y así, nosotras mismas nos rompemos
sin el profeta: que es dolor doblado
ver despreciar la ley y al dador de ella.

**Por qué, habiendo muchas madres
muerto de lástima de ver muertos sus hijos,
amando nuestra señora más a su hijo
que todas, no murió de lástima**

El ver correr de Dios la sangre clara
en abundante vena por el suelo
(que borró el sentimiento todo el cielo
y al sol desaliñó cabello y cara);

ver la generación dura y avara
hartarse de venganza en su consuelo,
oír la grande voz que rompió el velo;
amaneciendo sombras que declara,

no fue bastante, con afán tan fuerte,
a desatar un alma combatida
que por los ojos en raudal se vierte.

Pues aunque fue mortal la despedida,
aun no pudo, de lástima, dar muerte,
muerte que sólo fue para dar vida.

A la soberbia y la humildad

Tus decretos, Señor, altos y eternos,
supieron fabricar, enamorados,
de nada tantos cielos, y, enojados,
hicieron de los ángeles infiernos.

El polvo de que Tú quisiste hacernos,
advertidos nos tiene y castigados,
y tus años viviste despreciados,
más solos y más pobres los más tiernos.

Cuando naciste humilde, te llevaron
mirra los reyes; mueres Rey, y luego
el tributo te vuelven en bebida.

Para morir, Señor, te coronaron:
hallas muerte en palacio, guerra y fuego,
y en el pesebre, reyes, paz y vida.

Sobre las propias palabras de San Marcos, aconsejando a los reyes imiten esta acción de Cristo

Llámanle rey, y véndanle los ojos,
y quieren que adivine, y que no vea;
cetro le dan, que el viento le menea;
la corona, de juncos y de abrojos.

Con tales ceremonias y despojos,
quiere su rey el reino de Judea:
que mande en caña, que dolor posea,
y que ciego padezca sus enojos.

Mas el Señor, que, en vara bien armada
de hierro, su gobierno justo cierra,
muestra en su amor clemencia coronada.

La paz compra a su pueblo con su guerra;
en sí gasta las puntas y la espada:
aprended de Él los que regís la tierra.

**Sobre estas palabras que dijo Jesucristo
en la Cruz: “Mulier, ecce filius tuus:
ecce Mater tua” (Ioan, 19)**

Mujer llama a su Madre cuando expira,
porque el nombre de madre regalado
no la añade un puñal, viendo clavado
a su Hijo, y de Dios, por quien suspira.

Crucificado en sus tormentos, mira
su Primo, a quien llamó siempre «el Amado»,
y el nombre de su Madre, que ha guardado,
se le dice con voz que el Cielo admira.

Eva, siendo mujer que no había sido
madre, su muerte ocasionó en pecado,
y en el árbol el leño a que está asido.

Y porque la mujer ha restaurado
lo que sólo mujer había perdido,
mujer la llama, y Madre la ha prestado.

Poemas líricos a diversos asuntos

A una fuente

¡Qué alegre que recibes
con toda tu corriente
al sol, en cuya luz bulles y vives,
hija de antiguo bosque, sacra fuente!
¡Ay, cómo de sus rubio rayos fías
tu secreto caudal, tus aguas frías!
Blasonas confiada en el verano,
y haces bravatas al hibierno cano;
no le maltrates, porque en tal camino
ha de volver, aunque se va enojado;
y mira que tu nuevo sol dorado
también se ha devolver como se vino.
De paso va por ti la primavera
y el hibierno; ley es de la alta esfera:
huéspedes son; no son habitantes
en ti los meses que revuelve el cielo.
Seca con el calor amas el yelo,
y presa con el hielo, los calores.
Confieso que su lumbre te desata
de cárcel transparente,

que es cristal suelto y pareció de plata;
pero temo que, ardiente,
viene más a beberte que a librarte,
y más debes quejarte
del que empobrece tu corriente clara,
que no del yelo, que, piadoso, viendo
que te fatigas de ir siempre corriendo,
porque descanses, te congela y para.

Al ruiñeñor

Flor con voz, volante flor,
silbo alado, voz pintada,
lira de pluma animada
y ramillete cantor;
di, átomo volador,
florido acento de pluma,
bella organizada suma
de lo hermoso y lo suave,
¿cómo cabe en sola un ave
cuanto el contrapunto suma?”

Elogios, epitafios, túmulos

A Roma, sepultada en ruinas

Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!,
y en Roma misma a Roma no la hallas:
cadáver son la que ostentó medallas,
y tumba de sí proprio el Aventino.

Yace donde reinaba el Palatino;
y limadas del tiempo, las medallas
más se muestran destrozo a las batallas
de las edades que blasón latino.

Sólo el Tibre quedó, cuya corriente,
si ciudad la regó, ya, sepultura,
la llora con funesto son doliente.

¡Oh, Roma!, en tu grandeza, en tu hermosura,
huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

Funeral elogio en la muerte del bienaventurado Rey Don Felipe III

Mereciste reinar, y mereciste
no acabar de reinar; y lo alcanzaste
en las almas al punto que expiraste,
como el reinar al punto en que naciste.

Rey te llamaste, cuando padre fuiste,
pues la serena frente que mostraste,
del amor de tus hijos coronaste,
cerco a quien más valor que el oro asiste.

Militó tu virtud en tus legiones;
vencieron tus ejércitos, armados
igualmente de acero y oraciones.

Por reliquia llevaron tus soldados
tu nombre, y por ejemplo tus acciones,
y fueron victoriosos y premiados.

Inscripción al túmulo de la excelentísima Duquesa de Lerma

Si, con los mismos ojos que leyeres
las letras de este mármol, no llorares
y en lágrimas tu vista desatares,
tan mármol, huésped, como el mármol eres.

Mira, si grandes glorias ver quisieres,
estos sagrados túmulos y altares;
y es bien que en tanta majestad repares,
si llevar que contar donde vas quieres.

Guardo en silencio el nombre de su dueño;
que, si le sabes, parecerte ha poca
tan ilustre grandeza a sus despojos.

Sólo advierte que cubre en mortal sueño
al sol de Lerma enternecida roca:
y vete, que harto debes a tus ojos.

Epitafio del sepulcro, y con las armas del propio

Memoria soy del más glorioso pecho
que España en su defensa vio triunfante;
en mí podrás, amigo caminante,
un rato descansar del largo trecho.

Lágrimas de soldados han deshecho
en mí las resistencias de diamante;
yo cierro al que el ocaso y el levante
a su Victoria dio círculo estrecho.

Estas armas, viudas de su dueño,
que visten de funesta valentía
Este, si humilde, venturoso leño,

del grande Osuna son; él las vestía,
hasta que, apresurado el postrer sueño,
el ennegreció con noche el blanco día.

Túmulo funeral de Federico, hermano del Marqués Espínola

Blandamente descansan, caminante,
debajo de estos mármoles helados,
los huesos, en cenizas desatados,
del Marte ginovés, siempre triunfante.

No los pises, no pases adelante,
que es profanar despojos respetados,
cuando no de la muerte, de los hados,
que obligan a la fama que los cante.

El rayo artificioso de la guerra,
émula de virtud la diestra airada,
en esta piedra a Federico cierra.

Que la muerte, en el plomo disfrazada,
no se la pudo dar en mar ni tierra,
sin favor de su mano y de su espada.

En alabanza de Lope de Vega

Pues te nombra Marcial, Félix y Lope,
Lope Feliz, ¿por qué tanta tristeza
si llenó la Fortuna de riqueza
tu genio y tus escritos hasta el tope?

Néctar escribes; los demás, arrope.
No se mida con otro tu grandeza.
Mal tus alas, tu vuelo y ligereza
sigue en flaco rocín corto galope.

Pues ha de ser de Lope lo que es bueno,
en cualquiera persona, en cualquier trato,
a la envidia tu risa dé veneno;

que la Fortuna, atenta en tu recato,
viéndote de tesoros suyos lleno,
de ti se quejará como de ingrato.

Poemas amorosos

Don Francisco de Quevedo

Piedra soy en sufrir pena y cuidado
y cera en el querer enternecido,
sabio en amar dolor tan bien nacido,
necio en ser en mi daño porfiado,

medroso en no vencerme acobardado,
y valiente en no ser de mí vencido,
hombre en sentir mi mal, aun sin sentido,
bestia en no despertar desengañado.

En sustentarme entre los fuegos rojos,
en tus desdenes ásperos y fríos,
soy salamandra, y cumplo tus antojos;

y las niñas de aquestos ojos míos
se han vuelto, con la ausencia de tus ojos,
ninfas que habitan dentro de dos ríos.

Mostrando su pasión amorosa

En estos versos de mi amor dictados,
tan bien nacidos, cuanto mal premiados,
es, señora, mi intento
mostrar más voluntad que entendimiento,
pues mi pasión ordena
que no iguale mi ingenio con mi pena.
Fue gran ventura veros;
después de vista, amaros;
y es ya tan imposible el olvidaros,
como poder llegar a mereceros;
y así, reconocido,
piedad, no premio, pido,
ni laurel, pues por vos lo despreciara,
si en la primera Dafne se tornara.
Sed atenta a los versos lastimeros
del que desde que os vio lo está a quereros;
y obligaréis a tanto un tierno amante,
que os deba todo el tiempo que no os cante.

Amante sin reposo

Está la ave en el aire con sosiego,
en la agua el pez, la salamandra en fuego,
y el hombre, en cuyo ser todo se encierra,
está en sola la tierra.

Yo sólo, que nací para tormentos,
estoy en todos estos elementos:
la boca tengo en aire suspirando,
el cuerpo en tierra está peregrinando,
los ojos tengo en llanto noche y día,
y en fuego el corazón y la alma mía.

Amante culpable en todas sus acciones por desdichado

Diome el cielo dolor y diome vida;
el nombre, no los hechos, ha negado
de muerte a mi pasión, pues he quedado
vivo, y ella con nombre de homicida.

Amar, que fue locura bien nacida,
me castiga Fortuna por pecado:
siempre fue delincuente el desdichado:
si no le acusa Amor, Amor le olvida.

Yo persevero y dicen que porfío;
mis sacrificios llama robo el cielo,
cuando en prisión me tiene el albedrío.

Y así se extrema ya mi desconsuelo,
que hasta de breve muerte desconfío,
que hasta de larga vida me recelo.

Amor constante más allá de la muerte

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no, de esotra parte, en la ribera,
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Poemas satíricos y burlescos

Al mosquito de la trompetilla

Ministril de las ronchas y picadas,
mosquito postillón, mosca barbero,
hecho me tienes el testuz harnero,
y deshecha la cara a manotadas.

Trompetilla que toca a bofetadas,
que vienes con rejón contra mi cuero,
Cupido pulga, chinche trompetero,
que vuelas comezones amoladas,

¿por qué me avisas, si picarme quieres?
Que pues que das dolor a los que cantas
de casta y condición de potras eres.

Tú vuelas, y tú picas, y tú espantas,
y aprendes del cuidado y las mujeres
a malquistar el sueño con las mantas.

Un enfermo a quien los médicos fatigan con la dieta, se burla de su regimiento

Si vivas estas carnes y estas pieles
son bodegón del comedor rascado,
que, al pescuezo y al hombro convidado,
hace de mi camisa sus manteles;

si emboscada en jergón y en arambeles
no hay chinche que no alcance algún bocado,
refitorio de sarna dedicado
a boticario y médicos crueles,

hijo de puta, dame acá esa bota:
beberéme los ojos con las manos,
y túllanse mis pies de bien de gota.

Fríeme retacillos de marranos;
venga la puta y tárdese la flota:
y sorba yo, y ayunen los gusanos.

Pronuncia con sus nombres los trastos y miserias de la vida

La vida empieza en lágrimas y caca,
Luego viene la mu, con mama y coco,
síguense las viruelas, baba y moco,
y luego llega el trompo y la matraca.

En creciendo, la amiga y la sonsaca:
con ella embiste el apetito loco,
en subiendo a mancebo, todo es poco,
y después la intención peca en bellaca.

Llega a ser hombre, y todo lo trabuca,
soltero sigue toda perendeca;
casado se convierte en mala cuca.

Viejo encanece, arrúgase y se seca;
Llega la muerte, todo lo bazuca,
y lo que deja paga, y lo que peca.

Contra Pilatos, juez que pregunta a los acusadores lo que ha de sentenciar

«¿Queréis que suelte a Barrabás o a Cristo?»,
preguntas, Pilatillos, muy lavado;
porque, a costa de Dios, no hay mal letrado
que no trueque lo justo o lo bienquisto.

¿En qué consejo u decisión has visto
que sentencie el que acusa al acusado?
La ley que has de guardar, has condenado,
muypreciado de imperio meromixto.

¡Qué a mano hallan las Pascuas los ladrones!
y soltar Barrabases aun hoy dura,
y todos para Dios somos prisiones.

Tu mujer sueña, y duerme tu cordura;
mas presto, con garnacha de tizones,
te diremos el sueño y la soltura.

Valimiento de la mentira

Mal oficio es mentir, pero abrigado:
eso tiene de sastre la mentira,
que viste al que la dice; y aun si aspira
a puesto el mentiroso, es bien premiado.

Pues la verdad amarga, tal bocado
mi boca espuma con enojo y ira;
y ayuno, el verdadero, que suspira,
envidie mi pellejo bien curado.

Yo trocaré mentiras a dineros,
que las mentiras ya quebrantan peñas;
y pidiendo andaré en los mentideros,

prestadas las mentiras a las dueñas:
que me las den a censo caballeros,
que me las vendan Lamias halagüeñas.

Desengaño de las mujeres

Puto es el hombre que de putas fía,
y puto el que sus gustos apetece;
puto es el estipendio que se ofrece
en pago de su puta compañía.

Puto es el gusto, y puta la alegría
que el rato putaril nos encarece;
y yo diré que es puto a quien parece
que no sois puta vos, señora mía.

Mas llámenme a mí puto enamorado,
si al cabo para puta no os dejare;
y como puto muera yo quemado

si de otras tales putas me pagare,
porque las putas graves son costosas,
y las putillas viles, afrentosas.

A uno que se mudaba cada día por guardar su mujer

Cuando tu madre te parió cornudo,
fue tu planeta un cuerno de la luna;
de madera de cuernos fue tu cuna,
y el castillejo un cuerno muy agudo.

Gastaste en dijes cuernos a menudo;
la leche que mamaste era cabruna;
diote un cuerno por armas la Fortuna
y un toro en el remate de tu escudo.

Hecho un corral de cuernos te contemplo;
cuernos pisas con pies de cornería;
a la mañana un cuerno te saluda.

Los cornudos en ti tienen un templo.
Pues, cornudo de ti, ¿dónde caminas
siguiéndote una estrella tan cornuda?

Soneto

Hijos que me heredáis: la calavera
pudre, y no bebe el muerto en el olvido;
del sepulcro no come y es comido:
tumba, no aparador, es quien lo espera.

La que apenas ternísima ternera
la leche en roja sangre ha convertido,
no por ofrenda, por almuerzo os pido,
y el responso, después, de hambre, muera.

Dadme aquí los olores cuando güelo;
y mientras algo soy, goce de todo:
venga el pellejo cuando sorbo y cielo.

A engullirme mis honras me acomodo,
que dar el vino al polvo no es consuelo,
y piensan que hacen bien, y hacen lodo.

A un hombre casado y pobre

Ésta es la información, éste el proceso
del hombre que ha de ser canonizado,
en quien, si advierte el mundo algún pecado,
admiró penitencia con exceso.

Diez años en su suegra estuvo preso,
a doncella, y sin sueldo, condenado;
padeció so el poder de su cuñado;
tuvo un hijo no más, tonto y travieso,

Nunca rico se vio con oro o cobre;
siempre vivió contento, aunque desnudo;
no hay descomodidad que no le sobre.

Vivió entre un herrador y un tartamudo;
fue mártir, porque fue casado y pobre;
hizo un milagro, y fue no ser cornudo.

A un hombre llamado Diego, que casaron con una mala mujer llamada Juana

A las bodas que hicieron Diego y Juana
dio de su cuerno flores Amaltea,
tocaron la corneta del aldea
y una cuerna almorzaron valenciana.

En cuerno meó el novio, aunque sin gana,
cuando la novia en otro cuerno mea,
y en la cornija de la chimenea
les cantó la corneja de mañana.

El cura, que es Cornejo, escribió el nombre
con tintero de cuerno, y él le ha dado
un cornado, que es todo lo que pudo.

Y es el bueno de Diego tan buen hombre,
que, con tantos agüeros, no ha notado
cómo le casan para ser cornudo.

A un bujarrón

Aquí yace Misser de la Florida,
y dicen que le hizo buen provecho
a Satanás su vida.
Ningún coño le vio jamás arrecho.

De Herodes fue enemigo, y de sus gentes,
no porque degolló los inocentes;
mas porque, siendo niños, y tan bellos,
los mando degollar, y no jodellos,
pues tanto amó los niños, y de suerte
(inmenso bujarrón hasta la muerte)
que si él en Babilonia se hallara,
por los tres niños en el horno entrara.

¡Oh tú, cualquiera cosa que seas,
pues por su sepultura te paseas,
u niño, u sabandija,
u perro, u lagartija,
u mico, u gallo o mulo,
u sierpe, u animal que tengas cosa
que de mil leguas se parezca a culo!,
guárdate del varón que aquí reposa!
que tras un rabo, bujarrón profundo,
si le dejan, vendrá del otro mundo.

No en tormentos eternos
condenaron su alma a los infiernos;
mas los infiernos fueron condenados
a que tengan su alma y sus pecados.
Pero si honrar pretendes su memoria,
di que goze de mierda y no de gloria;
y pues tanta lisonja se le hace,
di: «Requiescat in culo, mas no in pace.»

Sátiras personales

Receta para hacer soledades en un día

Quien quisiere ser culto en sólo un día
la jeri (aprenderá) gonza siguiente:
fulgores, arrogar, joven, presiente,
candor, construye, métrica armonía,

poco, mucho, si, no, purpuracia,
neutralidad, conculca, erige, mente,
pulsa, ostenta, librar, adolescente,
señas, traslada, pira, frustra, arpía;

cede, impide, cisuras, petulante,
palestra, liba, meta, argento, alterna,
si bien, disuelve émulo canoro.

Use mucho de líquido y de errante,
su poco de nocturno y de caverna,
anden listos livor, adunco y poro.

Que ya toda Castilla,
con sola esta cartilla,
se abrasa de poetas babilones,
escribiendo sonetos confusiones;

y en la Mancha, pastores y gañanes,
atestadas de ajos las barrigas,
hacen ya cultedades como migas.

Soneto

Yo te untaré mis obras con tocino,
porque no me las muerdas, Gongorilla,
perro de los ingenios de Castilla,
docto en pullas, cual mozo de camino.

Apenas hombre, sacerdote indino,
que aprendiste sin christus la cartilla;
chocarrero de Córdoba y Sevilla,
y, en la Corte, bufón a lo divino.

¿Por qué censuras tú la lengua griega
siendo sólo rabí de la judía,
cosa que tu nariz aun no lo niega?

No escribas versos más, por vida mía;
aunque aquesto de escribas se te pega,
por tener de sayón la rebeldía.

Epitafio al mismo

Este que, en negra tumba, rodeado
de luces, yace muerto y condenado,
vendió el alma y el cuerpo por dinero,
y aun muerto es garitero;
y allí donde le veis, está sin muelas,
pidiendo que le saquen de las velas.

Ordenado de quínolas estaba,
pues desde prima a nona las rezaba;
sacerdote de Venus y de Baco,
caca en los versos y en garito Caco.
La sotana traía
por sota, más que no por clerecía.

Hombre en quien la limpieza fue tan poca
(no tocando a su cepa),
que nunca, que yo sepa,
se le cayó la mierda de la boca.
Éste a la jerigonza quitó el nombre,
pues después que escribió cíclopemente,
la llama jerigóngora la gente.
Clérigo, al fin, de devoción tan brava,
que, en lugar de rezar, brujuleaba;
tan hecho a tablarejo el mentecato,
que hasta su salvación metió a barato.

Vivió en la ley del juego,
y murió en la del naipe, loco y ciego;
y porque su talento conociesen,
en lugar de mandar que se dijese
por él misas rezadas,
mandó que le dijese las trocadas.
Y si estuviera en penas, imagino,
de su tahúr infame desatino,
si se lo preguntaran,
que deseara más que le sacaran,
cargado de tizones y cadenas,
del naipe, que de penas.
Fuese con Satanás, culto y pelado:
¡mirad si Satanás es desdichado!



**Francisco
de Quevedo
Poesía selecta**

se terminó de editar en noviembre de
2015 en las oficinas de la Editorial
Universitaria, José Bonifacio Andrada
2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Cuidado editorial

Sol Ortega Ruelas
J Daniel Zamorano Hernández
Diseño y diagramación